

Dicen que primero vino de África, en los gritos de los esclavos; que fue la perdición de los tainos, apenas un susurro mientras un mundo se extinguía y otro despuntaba; que fue un demonio que irrumpió en la Creación a través del portal de pesadillas que se abrió en las Antillas. *Fukú americanus*, mejor conocido como fukú —en términos generales, una maldición o condena de algún tipo: en particular, la Maldición y Condena del Nuevo Mundo. También denominado el fukú del Almirante, porque El Almirante fue su partero principal y una de sus principales víctimas europeas. A pesar de haber «descubierto» el Nuevo Mundo, El Almirante murió desgraciado y sifilítico, oyendo (dique) voces divinas. En Santo Domingo, la Tierra Que El Más Amó (la que Oscar, al final, llamaría el Punto Cero del Nuevo Mundo), el propio nombre del Almirante ha llegado a ser sinónimo de las dos clases de fukú, pequeño y grande. Pronunciar su nombre en voz alta u oírlo es invitar a la calamidad, a que caiga sobre la cabeza de uno o uno de los suyos.

Cualquiera que sea su nombre o procedencia, se cree que fue la llegada de los europeos a La Española lo que desencadenó el fukú en el mundo, y desde ese momento todo se ha vuelto una tremenda cagada. Puede que Santo Domingo sea el Kilómetro Cero del fukú, su puerto de entrada, pero todos nosotros somos sus hijos, nos demos cuenta o no.

Pero el fukú no es solo historia antigua, un cuento de fantasmas del pasado sin fuerzas para asustar. En la época de mis padres, el fukú era algo tan encojonadamente verdadero que

cualquiera podía creer en él. Todo el mundo sabía de alguien a quien el fukú se había tragado, igual que todo el mundo conocía a alguien que trabajaba en el Palacio. Estaba en el aire, cabría decir, aunque, como todas las cosas más importantes en la isla, en realidad nadie tocaba el tema. Pero en aquellos días de antaño, el fukú la pasaba bien; incluso tenía lo que se podría llamar un promotor, un sumo sacerdote. Nuestro Dictador de Una Vez y Para Siempre, Rafael Leónidas Trujillo Molina.¹ Nadie sabe si Trujillo era subordinado o amo de la

1. Para aquellos a los que les faltan los dos segundos obligatorios de historia dominicana: Trujillo, uno de los dictadores más infames del siglo XX, gobernó la República Dominicana entre 1930 y 1961 con una brutalidad despiadada e implacable. Mulato con ojos de cerdo, sádico, corpulento: se blanqueaba la piel, llevaba zapatos de plataforma, y le encantaban los sombreros al estilo de Napoleón. Trujillo (conocido también como El Jefe, El Cuatrero Fracasado y Fuckface) llegó a controlar casi todos los aspectos de la política, la vida cultural, social, y económica de la RD mediante una mezcla potente (y muy conocida) de violencia, intimidación, masacre, violación, asimilación, y terror; así llegó a disponer del país como si fuera una colonia y él su amo. A primera vista, parecía el prototipo del caudillo latinoamericano, pero sus poderes eran tan látales que pocos historiadores o escritores los han percibido, y me atrevo a decir que ni siquiera han imaginado. Era nuestro Sauron, nuestro Arawn, nuestro propio Darkseid, nuestro dictador para siempre, un personaje tan extraño, tan estrafulario, tan perverso, tan terrible que ni siquiera un escritor de ciencia ficción habría podido inventarlo. Famoso por haber cambiado **TODOS LOS NOMBRES A TODOS LOS SITIOS HISTÓRICOS** de la República Dominicana para honrarse a sí mismo (el Pico Duarte se convirtió en Pico Trujillo, y Santo Domingo de Guzmán, la primera y más antigua ciudad del Nuevo Mundo, se convirtió en Ciudad Trujillo); por monopolizar con descaro todo el patrimonio nacional (convirtiéndose de repente en uno de los hombres más ricos del planeta); por armar uno de los mayores ejércitos del hemisferio (por amor de Dios, el tipo tenía bombarderos); por echarse a cada mujer atractiva que le diera la gana, incluso las esposas de sus subalternos, millares y millares de mujeres; por tener la expectativa jno, por insistir!— en la veneración absoluta de su pueblo (significativamente, la consigna nacional era «Dios y Trujillo»); por dirigir el país como si fuera un campo de entrenamiento de la Marina norteamericana; por quitar a amigos y aliados de sus puestos y arrebatarles las propiedades sin razón alguna; y por sus capacidades casi *sobrenaturales*.

Entre sus logros excepcionales se cuentan: el genocidio en 1937 de los haitianos y la comunidad haitiano-dominicana; mantener una de las dictaduras más largas y dañinas del Hemisferio Occidental con el apoyo de Estados

Maldición, pero estaba claro que entre ellos había un acuerdo, que eran panas. Incluso entre la gente educada se creía que cualquiera que conspirara contra Trujillo incurriría en uno de los fukús más poderosos durante siete generaciones y quizá más. Solo con que se le ocurriera pensar algo malo sobre Trujillo, *[fuá!]*, un huracán barría a su familia hacia el mar, *[fuá!]*, un canto rodado le caía del cielo azul y lo aplastaba, *[fuá!]*, el camarón que comió hoy se convertía en el cólico que lo mataba mañana. Eso explica por qué todo el que intentó asesinarlo siempre acabó muerto, por qué esos tipos que por fin lo lograron pagaron con muertes espantosas. ¿Y qué decir de ese cabrón de Kennedy? Fue él quien dio luz verde para el asesinato de Trujillo en 1961 y pidió que la CIA llevara armas a la isla. Mala movida, capitán. Lo que a los expertos de inteligencia se les pasó decirle a Kennedy fue algo que todo dominicano, desde el jabao más rico de Mao hasta al más pobre güey en El Buey, del francomacorisano más viejo al carajito en San Francisco, sabía: quien matara a Trujillo —y también su familia sufriría un fukú tan terrible que, en comparación, haría parecer un jojote el que le cayó al Almirante. ¿Quieren una respuesta final a la pregunta de la Comisión Warren sobre quién mató a JFK? Dejen que yo, su humilde Observador, les revele de una vez y por todas la Sagrada y Unica Verdad: no fue la mafia, ni LBJ, ni el fantasma de la fokin Marilyn Monroe. Ni extraterrestres, la KGB o algún pistolero solitario. No fueron los hermanos Hunt de Texas, ni Lee Harvey, ni la Comisión Trilateral. Fue Trujillo; fue el fukú. ¿De dónde cono piensan que viene la supuesta Maldición de los Kennedy?

Unidos (y si hay algo en que los latinos somos expertos es en tolerar dictadores respaldados por Estados Unidos, así que no hay duda que esta fue una victoria ganada con el sudor de la frente, y de la que los chilenos y los argentinos todavía se quejan); la creación de la primera cleptocracia moderna (Trujillo fue Mobutu antes de que Mobutu fuera Mobutu); el soborno sistemático de senadores estadounidenses; y, por último, la unión de los dominicanos en una nación moderna (hizo lo que no pudieron hacer los entrenadores de las fuerzas militares americanas durante la ocupación).

¿Y Vietnam? ¿Por qué creen que el país más poderoso del mundo perdió su primera guerra contra un país tercermundista como Vietnam? Por Dios, mi gente, *por Dios*. Quizá resulte interesante el hecho de que mientras Estados Unidos se involucraba más en Vietnam, LBJ pusiera en marcha la invasión ilegal a la República Dominicana (el 24 de mayo de 1965). (Santo Domingo fue Irak antes de que Irak fuera Irak.) Resultó ser un éxito militar aplastante para Estados Unidos, y muchas de las mismas unidades y equipos de inteligencia que participaron en la «democratización» de Santo Domingo fueron enviados de inmediato a Saigón. ¿Y qué crees tú que llevaban esos soldados, técnicos y espías con ellos, en sus mochilas, en las maletas, en los bolsillos de las camisas, en los pelitos de la nariz, en el barro de las suelas de sus zapatos? Apenas un regalito de mi pueblo, una pequeña revancha por una guerra injusta. Fue así, mi gente. Fukú.²

Por eso es importante recordar que el fukú no siempre cae como un relámpago. Algunas veces gotea, paciente, ahogándolo a uno poco a poco, como fue el caso del Almirante, o de Estados Unidos en los arrozales de las afueras de Saigón. A veces es rápido, a veces lento. Y por eso es fatal, porque es difícilísimo de fichar, de prepararse uno para el encuentro. Pero se puede estar seguro de una cosa: como el Efecto Omega de Darkseid, o la ruina de Morgoth,³ no importa cuántos giros

2. Esta noticia es para los paranoicos: la noche que John Kennedy, Jr., Carolyn Bessette y su hermana, Lauren, desaparecieron en el Piper Saratoga (fukú), la criada favorita de su padre, una dominicana llamada Providencia Paredes, estaba en Martha's Vineyard cocinándole a John-John su plato preferido: chicharrón de pollo. Pero el fukú siempre come primero, y come solo.

3. «Soy el rey más Antiguo: Melkor, el primero y el más poderoso de todo Valar, que estaba antes del mundo y quien lo hizo. La sombra de mi propósito está sobre Arda, y Todo lo que está en él se doblega lenta y seguramente a mi voluntad. Pero sobre todo lo que ames mi pensamiento pesará como una nube de la Condena, y lo llevará hacia la oscuridad y la desesperación. Dondequiera que vayan, el mal se levantará. Siempre que hablen, sus palabras traerán mal consejo. Todo lo que hagan les irá contra ellos. Morirán sin esperanza, maldiciendo la vida y la muerte».

dé, por cuántos desvíos se meta, siempre —y con esto quiero decir *siempre*- agarra a quien quiere.

Que yo crea o no en lo que muchos han llamado The Great American Doom -La Gran Perdición Americana— no viene al caso. Si viven tanto tiempo como yo en el corazón de la tierra del fukú, oyen estos cuentos constantemente. Todo el mundo en Santo Domingo tiene en su familia una historia sobre el fukú. Tengo un tío en el Cibao, padre de una docena de hijas, que creía que una ex amante lo había maldecido para que no pudiera tener varones. Fukú. Tengo una tía que creía que la felicidad le había dado la espalda porque se había reído de una rival en su funeral. Fukú. Mi abuelo paterno está convencido de que la diáspora es la venganza de Trujillo por la traición de su pueblo. Fukú.

Y está bien si ustedes no creen en estas «supersticiones». Perfecto. Mejor que perfecto. Porque crean lo que crean, el fukú cree en ustedes.

Hace un par de semanas, mientras terminaba este libro, puse un mensaje sobre el fukú en la red, en el foro público DRi, solo por curiosidad. Hoy en día ando medio nerd. La respuesta fue una fokin avalancha. Si supieran la cantidad de comentarios que recibí. Y siguen llegando. Y no solo de domos. Los portorros quieren hablar del fufú y los haitianos tienen una bobería muy parecida. Hay millones de cuentos del fukú. Hasta mi mamá, que casi nunca habla de Santo Domingo, ha empezado a compartir los suyos conmigo.

Por supuesto, como ya se deben haber imaginado, yo también tengo un cuento de fukú. Me gustaría decir que es el mejor de todos —el fukú número uno— pero no es así. El mío no es el más pavoroso, ni el más rotundo, ni el más doloroso, ni el más lindo.

Es sencillamente el que me tiene agarrado por el cuello.

No estoy muy seguro que a Óscar le hubiera gustado esto del «cuento de fukú»; le fascinaban la ciencia ficción y la fantasy y creía que esa era la clase de historia que todos vivíamos. Preguntaba: ¿Qué puede ser más ciencia ficción que Santo Domingo? ¿Qué más fantasy que las Antillas?

Pero ahora que sé cómo terminó todo, tengo que preguntar a mi vez: ¿Qué más fukú?

Una nota final, Toto, antes de que Kansas desaparezca: según la tradición en Santo Domingo, cuando uno oye el nombre del Almirante, aun por casualidad, o cada vez que un fukú levanta sus muchas cabezas, solo hay una manera segura de detener la maldición, de evitar que el desastre te envuelva, solo un contrahechizo seguro que te mantenga a salvo a ti y a tu familia. Y no es de sorprender que sea una palabra. Una simple palabra (generalmente seguida por un enérgico cruce de los dedos índices). Zafa.

Era mucho más popular en los viejos tiempos, toda una sensación en Macondo aunque no necesariamente en McOndo. Claro que hay gente como mi tío Miguel en el Bronx que siguen metiéndole zafa a todo. Es oíd school pa eso. Si los Yankees cometen un error en las últimas entradas, ahí va el zafa; si alguien trae conchas de la playa, zafa; si le sirves pacha a un hombre, zafa. Zafa está presente las veinticuatro horas con la esperanza de que la mala suerte no tenga tiempo de imponerse. Apenas escribo estas palabras y me pregunto si este libro no es una especie de zafa: mi propio hechizo de protección.